

Un pedacito de pensamiento crítico. Notas sobre la obra de Gustavo Hernández, *La tradición marxista y la encrucijada postmoderna*

A bit of critical thinking. Notes on Gustavo Hernandez's work, "The Marxist Tradition and the Postmodern Crossroads"

Miguel Salinas Romo¹
(Profesor de Secundaria)

Recibido en diciembre 2018

Aceptado en enero 2019

Resumen

En este espacio abordamos una valoración crítica de las principales problemáticas y aportaciones presentadas por Gustavo Hernández en su obra *La tradición marxista en la encrucijada posmoderna*. Tal como muestra su título, el trabajo centra sus esfuerzos en revelar los estrechos vínculos que unen ciertas corrientes del pensamiento marxista heterodoxo y enfoques afines con la lógica cultural de la era posmoderna con objeto de plantear las bases para la construcción colectiva de una teoría crítica de carácter emancipador. Se trata de una interesante recuperación de las diversas tradiciones marxistas, sobre las que el autor articula una noción más amplia e inclusiva de marxismo para el siglo XXI, que encierra una forma de análisis del pasado totalmente original -historiografía social y cultural-, un instrumento de crítica hacia los problemas sociales del presente y un proyecto utópico de futuro.

Palabras clave: postmodernismo, marxismo, historia social y cultural, municipalismo.

Abstract

In this space, we address a critical assessment of the main problems and contributions presented by Gustavo Hernández in his work *The Marxist Tradition at the Postmodern Crossroads*. As the title shows, the work focuses its efforts on revealing the close links that link certain currents of heterodox Marxist thought and related approaches with the cultural logic of the postmodern era in order to lay the foundations for the collective construction of a critical theory of emancipator character. It is an interesting recovery of the various Marxist traditions, on which the author articulates a broader and more inclusive notion of Marxism for the 21st century, which contains a totally original form of analysis of the past -social and cultural historiography- an instrument of criticism towards the social problems of the present and a utopian project for the future.

Keywords: postmodernism, Marxism, social and cultural history, municipalism.

¹ Doctorando de Historia Antigua y Arqueología en la UCM y colaborador del Grupo de Estudios Culturales A. Gramsci.

Referencia

Salinas Romo, M. (2019). Un pedacito de pensamiento crítico. Notas sobre la obra de Gustavo Hernández, *La tradición marxista y la encrucijada postmoderna. Con-Ciencia Social (segunda época)*. 2, 173-186.

“Odio a los indiferentes. Creo, (...) que vivir significa tomar partido. No pueden existir quienes sean solamente hombres, extraños a la ciudad. Quien realmente vive no puede no ser ciudadano, no tomar partido”

(Antonio Gramsci, *Odio a los indiferentes*).

Un libro, como cualquier otra expresión cultural, no es producto del azar. Al menos uno que merezca ser leído. Más si se trata de un escrito como este, donde el autor ofrece un significativo pedazo de su pensamiento, urdido tras un largo proceso de maduración. A lo largo de la obra, Gustavo Hernández revisa e identifica los pilares fundamentales -insertos dentro de la tradición marxista heterodoxa y sus márgenes- sobre los que de forma provocadora sostiene su discurso teórico y epistemológico en una suerte de actualización de la teoría crítica dentro del marco posmoderno. La ventaja de conocer al escritor y haber compartido buena parte de nuestra etapa formativa en la facultad de Historia de la Universidad de Salamanca, estriba en ser capaz de percibir las huellas vitales que configuran las constantes no solo de su pensamiento historiográfico sino del sistema de valores sobre el que este se inserta. De modo que lanzar una mirada personal sobre el texto implica una desacostumbrada responsabilidad. No obstante, creemos que dicho ejercicio crítico puede ser de valor, ya sea para clarificar, refutar o reevaluar alguna de las problemáticas presentadas.

Siguiendo este propósito, nos parece adecuado intercalar la crítica a las controvertidas propuestas vertidas por Gustavo Hernández con recuerdos y experiencias personales compartidas que desvelan la larga gestación de este relato y facilitan la comprensión del aparato teórico desplegado, que se torna

en ocasiones un tanto difuso para neófitos en la materia. En esta línea, aunque abre un interesante campo de debate y lucha frente al pensamiento y sistema hegemónico, resulta difícilmente aprehensible para un público que no se mueva dentro de los círculos académicos. Por tanto, cabe reprochar -más allá de una narrativa en ocasiones excesivamente recargada- que una obra que aspira a romper con el academicismo imperante difícilmente sea capaz de trascender los límites del ámbito universitario.

Desde nuestro punto de vista, la sugerente introducción (Hernández, 2017, pp. 23-24) cumple extraordinariamente con su función al poner al lector sobre la pista de las pretensiones del relato. En sus primeras líneas el autor presenta la obra de Lewis Carroll “Alicia a través del espejo” como una metáfora de la sociedad posmoderna, donde el cambio en la concepción del tiempo nos lleva a experimentar la sensación de vivir en una especie de “presente continuo” o “instantaneidad constante” despegada de un pasado inasible y un sombrío futuro. La reflexión que alcanza el avezado lector es que, aunque pudiésemos viajar en el tiempo, los acontecimientos del pasado no pueden ser modificados. Pese a ello, podemos retornar a tiempos pretéritos para aprender de ellos y ser capaces de comprender el presente, pudiendo así transformar el futuro. La herramienta metodológica propuesta por el autor para realizar este viaje será el marxismo, reivindicando la dimensión de sus diversas tradiciones como horizonte general del pensamiento crítico contemporáneo.

EL RETORNO DE LAS TRADICIONES MARXISTAS

Si hago memoria puedo recordar sin demasiados problemas la primera vez que leí sobre Marx en el instituto. Descubrí ya por aquel entonces que se trataba de un pensador que no deja indiferente a nadie. Nuestra llegada a la facultad de historia de Salamanca, convertida en un enriquecedor espacio de debate ideológico entre sujetos con preocupaciones transformadoras, fue determinante para formarnos una idea más certera del conjunto de tradiciones que comprende el marxismo. En este proceso, participó entre otros compañeros Gustavo, quien mostró desde un primer momento un firme compromiso político y una conciencia de clase muy desarrollada, junto a un

interés -poco común- por la concepción teórica y metodológica de las ciencias sociales, que a su parecer debían tener un carácter instrumental al servicio de objetivos emancipadores. Es posible ejemplificar este proceso, recuperando uno de los muchos trabajos elaborados por el autor durante la carrera, donde aplicaba como método de análisis el materialismo histórico, sin pretensiones científicas, con el que pretendía obtener un enfoque holístico de los fenómenos históricos a tratar, incluyendo una dimensión crítica que la “historia total” de *Annales* o las corrientes neopositivistas -muy en boga por la época- no eran capaces de ofrecer. A esta precocidad, le acompañó un creciente número de lecturas críticas que le llevaron a impugnar los dogmas del marxismo convencional, recuperando voces heterodoxas para la revalorización del pensamiento de Marx dentro de la lógica cultural del capitalismo tardío.

Fruto de este proceso, cabe señalar la percepción abierta y multiforme en la concepción marxista del autor. Frente a posiciones reduccionistas y mecanicistas ancladas en la ortodoxia y la crítica furibunda de los estamentos intelectuales liberales y conservadores, propone reactualizar los textos de Marx y sus posteriores interpretaciones bajo las circunstancias actuales. Se trata de una recuperación de las tradiciones marxistas, una reconceptualización de “marxismo” para el siglo XXI desde una noción más amplia que encierra una forma de análisis del pasado totalmente original -historiografía social y cultural²-, un instrumento de crítica hacia los problemas sociales del presente y un proyecto utópico de futuro.

Dicho posicionamiento resulta provocador, pues se aleja del marxismo-leninismo ortodoxo de supuesto carácter “científico” que ofrece una visión mecanicista de la evolución de las sociedades humanas -basada en un

² Entendemos que el autor proponga como denominación para su metodología el término de “historiografía marxista”, con el objetivo de subrayar la dimensión crítica y transformadora que orienta su propuesta; no obstante, suscribimos la crítica realizada por Raimundo Cuesta (Hernández, 2017, pp.14-15) en el prólogo respecto a este tema, ya que la noción de “historia social y cultural”, ofrece un paisaje intelectual más amplio que el estrictamente marxista. Se halla dominado por la dialéctica entre los renovadores del marxismo convencional (teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, empirismo británico y estructuralismo francés) pero convoca aportaciones de la sociología weberiana y de la crítica posmoderna vinculada al “giro lingüístico” desarrollado a partir de la década de los 70, entre los que destacamos la obra de Foucault, del que se nutre esta nueva forma de hacer y pensar la historia.

determinismo económico y estructuralista- por la cual los sujetos históricos alcanzan su emancipación siempre que sigan el camino marcado por una verdad objetiva y “militante”. Compartimos con el autor la idea de que ello supone una interpretación lineal de la historia, de carácter puramente finalista, en esencia errónea por cuanto parte de una premisa de “progreso” completamente ahistórica. Por su parte, el escritor reivindica las condiciones materiales de vida del individuo -enfoque materialista- y la “lucha de clases” como elemento central de la interpretación histórica, aunque privilegia de igual modo la introducción de la cuestión cultural -superestructura-, rescatando la figura de Antonio Gramsci, parte del ideario de la escuela de Frankfurt y algunas voces de la crítica posmoderna. En sus postulados sobre el materialismo histórico coincide con las premisas fundamentales de Cesar Rendueles (2016, pp. 35-36) quién relativiza la capacidad científica de las ciencias sociales, al tiempo que muestra la convicción de su necesidad y pone en valor la potencia teórica y práctica que pueden desplegar. Resulta muy acertado, asimismo, referir la estrecha vinculación entre las prácticas culturales y el modo de producción desde el mismo momento de su formación, sin establecer relaciones jerárquicas sino postulando una suerte de dialéctica creativa, que moldea las prácticas vitales y los horizontes mentales de los individuos, lo que ha sido calificado por parte de algunos autores como “producción biopolítica” (Hardt y Negri, 2005, p.43).

En esa línea, Gustavo propone como principal método de investigación histórica -atendiendo a los límites epistemológicos de la disciplina- el materialismo histórico, ya que ofrece interpretaciones siempre subjetivas, pero más plausibles, globales y complejas que otras corrientes de pensamiento, al proporcionar una poderosa dimensión crítica. Nosotros reforzamos esa idea. Se trata al igual que en el siglo XIX de identificar y criticar los diversos mecanismos de dominación del capitalismo; la diferencia estriba en que cada vez estos se articulan de una forma más compleja, superando la sociedad disciplinaria y de control propia de la modernidad -que domina prácticas vitales y hábitos productivos (Foucault, 1986)- para alumbrar formas de explotación más refinadas. Estas se basan en la creación y reproducción de

subjetividades -inmanentes al discurso hegemónico- asumidas por parte de un individuo-consumidor, cuyo objetivo vital será mantenerse en una carrera consumista frente a sus iguales que permita satisfacer las infinitas “necesidades” creadas por el sistema. Lo más preocupante radica en el dominio total que ejerce el capitalismo tardío sobre las mentes de buena parte de la población, traducida en la preocupación o ansiedad que sufren ciertas personas si no se mantienen productivas y en competencia constante, convirtiéndose de esta forma en una masa de sujetos “auto vigilantes” que se castigan a sí mismos si no alcanzan sus “logros”.

La extensión de estas nuevas formas de dominio biopolítico se han producido sobre un marco cultural diferente a la lógica presentada por la modernidad, bautizando diversos autores este novedoso escenario de incertidumbre y volatilidad como hiper-modernidad, modernidad líquida o posmodernidad. Como señala Gustavo en algunos de sus pasajes ante un control del individuo cada vez más férreo, “la batalla crítica y liberadora se torna más difícil”. De esta forma, creemos que si bien las formas de dominación se han vuelto más sutiles -a la par que efectivas- también lo habrán de hacer los métodos desarrollados por la historiografía a la hora de analizar de forma crítica las novedosas formas que adopta el capitalismo en la posmodernidad. En este punto pasaremos a examinar la propuesta de renovación historiográfica presentada por el autor, que, para evitar confusiones, creemos mejor denominar “historia social y cultural” que “historiografía marxista”.

LA BÚSQUEDA DEL MÉTODO

Aunque no se trata de una de las materias predilectas del estudiante de historia, las antiguas licenciaturas y los actuales grados incluyen en el escuálido programa académico -esbozado por el plan Bolonia- asignaturas dirigidas a conocer los métodos y técnicas de investigación histórica, así como las diversas tendencias y enfoques que han ido adoptando con el paso del tiempo. Con mucha suerte, los alumnos más interesados obtienen una imagen genérica de las tradiciones historiográficas, al tiempo que toman contacto con fuentes directas y asimilan las pautas básicas de trabajo que definen el oficio

del historiador tradicional-positivista. En consecuencia, la debilidad teórica de muchos de los trabajos de investigación producidos por la universidad española, se explica -como señala Gustavo- por el hecho de que: “estamos acostumbrados a hacer historia, pero no a pensar y teorizar sobre ella”.

No es su caso, pues, tras culminar la Licenciatura de Historia con resultados excepcionales, se embarcó en una larga y compleja travesía que le llevaría en recientes fechas a conquistar el Doctorado de Historia Moderna con un brillante estudio sobre los estudiantes en la Salamanca del Barroco (Hernández, 2018). Durante este proceso formativo fue ampliando y profundizando sus conocimientos sobre las diversas formas de conocer y comprender la historia. Fruto de estas inquietudes publicaba, ya en el año 2012, un interesante artículo (Hernández, 2012) en el que se mostraba un elevado grado de madurez intelectual, al refutar el tradicional antagonismo que se presupone entre la historia social y la tradicional-cultural, planteando con timidez la conciliación entre ambas dentro del horizonte cultural posmoderno. Pese a la creciente visibilidad de su naturaleza orgánica en relación con las nuevas formas del capitalismo tardío³, la condición posmoderna es tratada todavía por buena parte de los investigadores como una postura ideológica o epistemológica más -netamente conservadora-, que se halla de moda en estos tiempos; lo que entorpece la aproximación crítica a nuestra sociedad actual, errando tanto diagnósticos como recetas para superar los graves problemas que aqueja.

La gestación de esta idea por parte del autor surge del análisis diacrónico de las diversas producciones historiográficas y de la transformación que se observa en las propias ciencias sociales desde la segunda mitad del siglo XX; que le lleva a asumir sin complejos un nuevo escenario, la realidad cultural posmoderna, en la que, queramos o no, -pensamos que- nos hallamos inmersos. Comienza el diseño de una nueva historiografía “marxista” para el contexto cultural y epistemológico posmoderno, redefiniendo una serie de conceptos esenciales -objetividad, razón, progreso o verdad- que habían

³ Idea introducida desde el enfoque marxista por Fredric Jameson (1993).

servido de andamiaje teórico para los relatos de la modernidad pero que hoy día sufren significativas mutaciones. Aunque algunas de las obras surgidas en el seno de la escuela de Frankfurt -bajo el paraguas de la Teoría Crítica-, anticipan una revisión de los valores e ideas-fuerza de la modernidad y de la propia concepción finalista y objetivista de la historia, no será hasta comienzos de la década de los setenta cuando comiencen a tambalearse los sólidos cimientos de la Ilustración.

La crítica posmoderna, apoyada en su giro lingüístico por la sociología del conocimiento (Berger y Luckmann, 1966) -que parece olvidar el autor-, impugnó la objetividad científica en las ciencias sociales al poner el acento en la construcción social de la realidad; lo que demostraba tanto la ausencia de una realidad única como la propia subjetividad del historiador al elaborar los relatos historiográficos. Con la llegada de cierto relativismo escéptico a las ciencias sociales se abandona la noción de “verdad unívoca” vinculada al concepto de “razón” como instrumento para el “progreso” moral y material de la humanidad hacia una vida mejor y más feliz. Hablamos, así, de la existencia de múltiples verdades, tantas como realidades coexisten. De esta forma, se descubre el velo idealista que teñía el pensamiento moderno, mostrando la razón como inmanente al interés-económico- del individuo y no al revés (Habermas, 1982, p. 283). Por ello, como señala Bauman (2018, p.141): “el progreso no representa ninguna cualidad de la historia, sino la confianza del presente -nos referimos a las clases dirigentes que lo controlan- en sí mismo” y en la posibilidad de “obligar al futuro a hacer prosperar sus negocios” con lo que aseguran la constante mejora de las condiciones materiales de la minoría dirigente.

Nos parece que uno de los principales logros de Gustavo Hernández radica en eliminar la tradicional contraposición entre la historia social y cultural, trazando una cesura clara y definitiva entre las corrientes historiográficas de la modernidad -grandes paradigmas que incluyen tanto el enfoque positivista, como la escuela de *Annales* y el estructuralismo marxista- y las de la posmodernidad. En la renovada atmósfera cultural, han surgido gran variedad de formas de hacer historia; unas, vinculadas a la corriente tradicional-cultural-

esteticista, corren el riesgo de caer en un relativismo escéptico de carácter cuasi metafísico o escudarse en un neopositivismo acrítico, mientras que otras tendencias como la nueva historia social, la nueva historia cultural y la nueva historia política aportan interesantes enfoques que deben desarrollarse con objeto de reforzar el enfoque crítico de los relatos historiográficos.

En este punto, el autor propone un modelo metodológico de carácter original, integrando la nueva historia social y cultural, en su búsqueda de un acercamiento interdisciplinar y complejo, que recupere el sentido crítico en el análisis de la realidad posmoderna. Se apoya también en tendencias integradoras como la “historia global” y la “ecológica”, necesarias para comprender los principales procesos de cambio -globalización, movimientos migratorios y crisis medioambiental- operados sobre el presente y el ulterior devenir histórico. Asimismo, esta historiografía y sus discursos han de adoptar en sus consideraciones un punto de vista descentralizado -evitando el eurocentrismo civilizador⁴- y feminizarse -eliminando la visión heteropatriarcal- para recuperar las voces de los vencidos y las vencidas, de la multitud, frente al relato de la historia tradicional configurada como memoria del poder.

Podemos subrayar que la historiografía tendrá como objetivo fundamental examinar y comprender una realidad, que ahora será fragmentaria, subjetiva y relativa. Sin embargo, dichas posiciones deben ser matizadas, pues, no culminan obligatoriamente en un relativismo escéptico puramente descriptivo. Siendo conscientes de que los discursos construyen nuevas realidades (Bourdieu, 2014, p. 370), el deber del historiador será posicionarse y construir un relato crítico que articule verdades distintas, donde se vean representados todos los sujetos -individuales y colectivos- e intereses desterrados de los relatos tradicionales. Dicha visión -ofrecida por el autor- ha sido tildada por algunos críticos -pertenecientes al *establishment* académico- de “ideológica”, sin llegar a comprender que cualquier percepción de la realidad pasada o

⁴Al igual que con otros conceptos procedentes de la Ilustración, se hace necesario deconstruir la noción de civilización invirtiendo la clásica dicotomía entre *civilización* y *barbarie*, cristalizada durante la extensión del capitalismo industrial.

presente -incluida la suya- lo es, puesto que se construye en razón de la ideología del sujeto, ya sea el pensamiento dominante o contra-hegemónico. Resulta claro, que la historia no puede permanecer “neutral” porque de hecho nunca lo ha sido. Solo pensando la utopía podremos mejorar las sociedades del futuro.

PROYECTO DE FUTURO: NORMALIZAR LA UTOPIA

Llegados a este punto, el autor se pregunta por la nueva función del historiador. Mantiene una posición valiente, pues exhorta a los intelectuales a abandonar la torre de marfil desde la que se ejerciera la crítica a la modernidad para bajar a la trinchera de las aulas y las calles, desde donde cuestionar la racionalidad política instituida, la lógica del sistema, y difundir un conocimiento crítico que elimine las certezas y permita al ciudadano problematizar tanto su vida cotidiana como sus horizontes vitales. Frente a la verdad “militante”, propia de la modernidad, Gustavo recupera para su crítica de la posmodernidad, la interesante noción de “parresia” postulada por Foucault, entendida como la obligación de decir toda la verdad que uno piensa⁵. En esta línea, la pretensión fundamental de la educación será formar el espíritu crítico de los futuros ciudadanos para que sean capaces de pensar por sí mismos, rompiendo con las subjetividades impuestas por el capitalismo tardío. Un buen ejemplo de la viabilidad de la propuesta teórico-práctica del autor y de su compromiso lo tenemos en la fundación del Grupo de Estudios Culturales Antonio Gramsci, espacio de reflexión que sirve de altavoz para la proyección de diversos relatos y discursos contra-hegemónicos (Grupo de Estudios Culturales Antonio Gramsci, 2018).

No se trata de decirles a las personas lo que hacer, sino de hacer inteligibles los problemas cotidianos para que el nuevo ciudadano/filósofo pueda reflexionar sobre ellos y se comprometa en su transformación. Siguiendo a Hardt y Negri (2005, p. 59), el autor plantea dos fases en este proceso: primero un enfoque crítico y deconstructivo que permite desmontar el andamiaje

⁵ Frente a algunos autores, véase Zizek (2012) o Bernabé (2018), que plantean como solución volver a abrazar una verdad “ideológica” unívoca de carácter militante, que nos llevaría al “Estado-jardinero” totalitario que desmonta brillantemente Bauman (1998).

material y mental que sostiene la hegemonía neoliberal, proyectada por los medios como único modelo factible; para más tarde, sobre la base revelada, construir nuevas prácticas productivas y vitales diseñadas por la multitud configurada en nuevo poder constitutivo. El poder lo tiene la mayoría, el conjunto de ciudadanos que, guiados por una ética humanística, obtiene su emancipación desde lo colectivo, participando de las nuevas formas de comunidad y espacios públicos alternativos⁶.

El contexto posmoderno, si bien ejerce un control feroz sobre el sujeto, ofrece oportunidades para el cambio y la resistencia. A pesar de que la voz de la mayoría -llámese precariado, clase obrera, clases subalternas, multitud- es poliédrica y multiforme, se puede alcanzar cierta unidad, tanto a través del dolor y el sufrimiento como por medio de un proyecto de futuro compartido. Ello permite al ciudadano participar en los cambios, configurándose un sujeto colectivo de gran potencial transformador. Buena parte de la población es incapaz de definir los rasgos fundamentales de la realidad posmoderna, pero sí comprenden bien la angustia que les provoca. Esto los lleva a intentar recrear los vínculos y valores tradicionales de las comunidades precedentes -rotos tras la asunción generalizada de la hiper-individualidad- o a configurar otros de nuevo cuño a través de la crítica reflexiva.

Desde nuestro punto de vista, el contexto posmoderno abona el terreno para la vuelta del pensamiento metafísico, cristalizado en visiones esencialistas de la sociedad como las propuestas por el fundamentalismo religioso y el nacional-populismo reaccionario que se extiende peligrosamente en estos momentos. La incertidumbre e inseguridad producidas por el nuevo dominio biopolítico ha propiciado numerosas insurrecciones de tinte reaccionario y tradicionalista que solo han sido capaces de retocar superficialmente el orden simbólico impuesto por el capitalismo tardío. El repliegue reaccionario en el tercer mundo se inició en la fase final de la guerra fría con la revolución iraní de 1979 y llega hasta nuestros días por medio del autoproclamado Estado

⁶ Frente a la naturaleza egoísta del *homo economicus*, planteada por la concepción antropológica neoliberal, se recupera la visión aristotélica del ser humano como *zoon politikon*, subrayando de esta forma la dimensión cívica de todos los individuos.

Islámico (ISIS). De igual modo, el empeoramiento en las condiciones de vida de los ciudadanos del primer mundo, fruto de la extensión de las políticas neoliberales y la crisis estructural de 2008, ha alimentado el surgimiento de un nacionalismo xenófobo y racista que exalta el sentimiento identitario de los individuos a través de una serie de criterios excluyentes que redefinen peligrosamente la comunidad nacional. Esta situación resulta muy preocupante, más cuando la extrema derecha parece representar en ocasiones los intereses y preocupaciones populares mejor que los movimientos de izquierda potencialmente transformadores, cuya autocrítica es casi inexistente.

En contraposición a las anteriores, el autor nos presenta (Hernández, 2017, pp.172-176) dos revoluciones posmodernas desarrolladas en el siglo XXI, capaces de desmontar las estructuras de dominación precedentes e imaginar alternativas emancipadoras. Se trata de la revolución zapatista en el estado indígena de Chiapas y la desplegada en los territorios autónomos del Kurdistán sirio que ejemplifican la subversión del orden material y simbólico impuesto por el sistema hegemónico. Cabe preguntarse si sería posible exportar dichas experiencias de emancipación social al mundo occidental. A pesar de las importantes diferencias -que incluyen contextos de gran violencia- ambas ofrecen soluciones válidas, basadas en la resignificación de la noción de ciudadano y municipio. Se trata de aplicar programas transformadores que se adapten a las diversas especificidades de cada comunidad, partiendo del individuo y de su participación colectiva en la toma de decisiones.

Lo que nos queda claro a partir del excursus del autor de este ensayo es que dicho cambio no puede ser dirigido desde arriba por un grupo reducido de personas, una vanguardia que atesore la verdad “militante” sobre la que se asienta una especie de Estado-jardinero que cubra todas las necesidades -materiales y culturales- del sujeto; cualquier movimiento alternativo y revolucionario debe partir desde abajo, del compromiso y la acción local del ciudadano/filósofo en la construcción colectiva de una sociedad mejor. En esta línea, resulta interesante señalar las experiencias municipalistas de Madrid y

Barcelona que -a pesar de sus luces y sombras- abren el camino a nuestro parecer a nuevos horizontes de democracia directa. La clave reside, atendiendo a las palabras de Hobsbawm (2012, p. 348), en que: “el esfuerzo por transformar el mundo no solo es compatible con un pensamiento original, sino que es imposible sin él”. Podemos concluir con ello, la necesidad imperiosa de que no piensen por nosotros, de implicarnos en la lucha ciudadana por la utopía, porque quién realmente vive no puede ser indiferente, no tomar partido.

REFERENCIA PRINCIPAL

Hernández, G. (2017). *La tradición marxista y la encrucijada posmoderna. Notas para una historia social y cultural*. Madrid: Visión Libros.

REFERENCIAS

Bauman, Z. (1998). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.

Bauman, Z. (2018). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica: Madrid.

Berger, P.L. y Luckmann, Th. (1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bernabé, D. (2018). *La trampa de la diversidad. Como el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Madrid: Akal.

Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama.

Foucault, M. (1986). *La verdad y las formas jurídicas*. México: Gedisa.

Gramsci, A. (2010). *Antología*. México: Siglo XXI.

Grupo de Estudios Culturales Antonio Gramsci (2018). Recuperado de <http://grupoeculturalesagramsci.blogspot.com>

Habermas, J. (1982). *Conocimiento e interés*. Taurus: Madrid.

Hardt, M. y Negri, A. (2005). *Imperio*. Paidós: Barcelona.

Hernández, G. (2012). Historia social frente a historia tradicional. ¿Una cuestión de moda? *Ab initio*, 5, 81-94.

Hernández, G. (2018). *Ser estudiante en el periodo Barroco*. Madrid: Fundación Española de Historia Moderna.

Hobsbawmn, Eric J. (2012). *Como cambiar el mundo: Marx y el marxismo. 1840-2011*. Barcelona: Crítica.

Rendueles, C. (2016). *En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico*. Madrid: Catarata.

Zizek, S (2004). *Repetir Lenin*. Madrid: Akal.